

FABULAS ORIENTALES

EL SAMURAI Y LOS TRES GATOS.

Un samurai tenia problemas a causa de un ratón que había decidido compartir su habitación. Alguien le dijo: Necesitas un gato. Busco uno en el vecindario y lo encontró: era un gato impresionante, hermoso y fuerte. Pero el ratón era mas listo que el gato y se burlaba de su fuerza.

El samurai adopto un segundo gato, muy astuto. Desconfiado, el ratón solo aparecía cuando aquel se dormía. Entonces le trajeron al samurai el gato de un templo Zen. Tenia aspecto distraído, era mediocre y parecía siempre soñoliento. El samurai pensó: no será este el que me librara del ratón.

Sin embargo, el gato, siempre soñoliento e indiferente, pronto dejo de inspirar precauciones al ratón, que pasaba junto a él sin apenas hacerle caso. Un día, súbitamente, de un zarpazo, lo atrapo.

Por Taisen Deshimaru. Del libro "La practica del zen" en Ediciones Kairos.

El Maestro le dijo a Su Alumno

Cualquier pintor que quiera triunfar: ha de trabajar incansablemente durante infinidad de horas pero sólo a unos pocos les es dado liberarse de su ego mientras pintan. infinidad de horas. Y cuando esto sucede, surge la obra maestra. HAY QUE PRACTICAR MUCHO Y ASIDUAMENTE PARA PODER EMPEZAR a familiarizarse con las técnicas. pero cuando surge el aikido el aikido surge cuando conseguimos liberarnos de nuestro ego.

El maestro le dijo a sus alumnos

Hay que practicar mucho y asiduamente para poder empezar a familiarizarse con las técnicas. pero el aikido solo surgirá Cuando consigamos liberarnos de nuestro ego. liberarnos de nuestro ego cuando practicamos. liberarnos de nuestro ego es el enemigo más difícil de vencer, lo tenemos tan cerca que no lo vemos, a veces lo presentimos, lo sentimos,

LAS PUERTAS DEL CIELO

Un guerrero, un samurai, fue a ver al Maestro Zen Hakuin y le preguntó: "¿Existe el infierno? ¿Existe el cielo? ¿Dónde están las puertas que llevan a ellos? ¿Por dónde puedo entrar?".

Era un guerrero sencillo. Los guerreros siempre son sencillos, sin astucia en sus mentes, sin matemáticas. Sólo conocen dos cosas: la vida y la muerte. El no había venido a aprender ninguna doctrina; sólo quería saber dónde estaban las puertas, para poder evitar la del infierno y entrar en el cielo. Hakuin le respondió de un manera que sólo un guerrero podía haber entendido.

"¿Quién eres?", le preguntó Hakuin.

"Soy un samurai", le respondió el guerrero. En Japón, ser un samurai es algo que da mucho prestigio. Quiere decir que se es un guerrero perfecto, un hombre que no dudaría un segundo en arriesgar su vida. "Soy un samurai, un jefe de samuráis. Hasta el Emperador mismo me respeta", dijo.

Hakuin se rió y contesto: "¿Un samurai, tú? Pareces un mendigo".

El orgullo del samurai se sintió herido y olvidó para qué había venido. Saco su espada y ya estaba a punto de matar a Hakuin cuando éste le dijo": Esta es la puerta del infierno. Esta espada, esta ira. , este ego, te abren la puerta".

Esto es lo que un guerrero puede comprender. Inmediatamente el samurai entendió. Puso de nuevo la espada en su cinto y Hakuin dijo: Aquí se abren las puertas del cielo".

El cielo y el infierno están dentro de ti. Ambas puertas están dentro de ti. Cuando te comportas de forma inconsciente, estás a las puertas del infierno; cuando estás alerta y consciente estas en las puertas del cielo.

La mente es el cielo, la mente es el infierno y la mente tiene la capacidad de convertirse en uno de ellos. Pero la gente sigue pensando que existe en alguna parte, fuera de ellos mismos... El cielo y el infierno no están al final de la vida, están aquí y ahora. A cada momento las puertas se abren...en un segundo se puede ir del infierno al cielo, del cielo al infierno.

Más allá de la codicia

Narada, el gran místico hindú, iba a ver a Dios. Tocando su vena pasó a través de un bosque y se encontró con un sabio muy anciano sentado bajo de un árbol.

El viejo sabio dijo": por favor, pregúntale a Dios una cosa de mi parte. Durante tres vidas he estado haciendo toda clase de esfuerzos, ¿cuánto más me hace falta? ¿Cuándo vio a liberarme?".

Narada se rió y dijo: "De acuerdo".

Siguió caminando y se encontró, bajo otro árbol, a un joven danzando y cantando con su estar. Bromeando, Narada le preguntó: "¿Te gustaría preguntarle algo a Dios?".

El joven no le contestó. Siguió bailando como si no hubiera escuchado nada.

Narada regresó después de algunos días. Le dijo al anciano: "Le he preguntado a Dios. Dice que faltan tres vidas más".

El anciano se enfureció. Arrojó sus escrituras y sus ropajes. "Es completamente injusto. Tres vidas más", gritó.

Narada fue a ver al joven, que estaba otra vez danzando y le dijo": Aunque no me lo pediste, le pregunte a Dios sobre ti. Pero ahora no sé si decirte lo que me dijo o no. Después de haber visto la furia del anciano, ya estoy dudando".

El joven no dijo nada: siguió bailando. Narada le dijo: "Cuando le pregunte a Dios, me contestó: dile a ese joven que tendrá que volver a nacer tantas veces como hojas que tiene el árbol debajo del cual esta danzando".

Y el joven comenzó a bailar aun con mayor éxtasis. "¿Tan rápido? Hay tanto árboles en el mundo y tantas hojas... sólo estas pocas? Cuando vuelvas a ver a Dios, dale las gracias".

Y se dice que el joven fue liberado en este mismo momento. Si hay una confianza tan completa, no se requiere tiempo. Si no hay confianza, ni siquiera tres vidas son suficientes. Y me parece que todavía hoy el anciano debe andar dando vueltas por algún lugar. Una mente así no puede liberarse. Una mente así es el infierno.

Frase Tibetana.

Aquellas almas que han forjado su pureza tras sucesivas reencarnaciones de superación y espiritualidad alcanzarán los rayos de sol espirales del Palacio del Gozo Supremo, en una vida de plenitud y perfección.

Sólo aquellas almas que después de una vida de desprendimiento de valores mundanos sean capaces de atravesar el puente divino y llegar así a ese estado de gloria y unidad en donde toda persona se convierte en un sólo uno con el Universo.

Sólo aquellas almas que después de una vida de desprendimiento de valores mundanos sean capaces de atravesar el puente divino y llegar así a ese estado de gloria y unidad en donde toda persona se convierte en uno con el Universo alcanzarán los rayos de sol espirales del Palacio del Gozo Supremo, en una vida de plenitud y perfección.

Sólo aquellas almas que despojes de un vadee de desprendimiento de valores mundano sean capaces de a traves el puente divino y llegareis a ese estado de gloria y unidad en donde toda persona se convierte en uno con el universo alcanzará en los rauood e sol espirales del pozo del gozo supremo en un vida de plenitud y perfección.

Sólo aquellas almas que después de una vida de desprendimiento de valores mundanos sean capaces de atravesar el puente divino y llegar así a ese estado de gloria y unidad en donde toda persona se convierte en uno con el Universo alcanzarán los rayos de sol espirales del Palacio del Gozo Supremo, en una vida de plenitud y perfección.

Suave respuesta

Aquel individuo estaba resultando muy peligroso, pero el joven norteamericano se sentía dispuesto para la lucha, incluso la deseaba. Entonces, un sabio y anciano caballero le enseñó una inolvidable lección.

El tren rechinaba y traqueteaba al atravesar los suburbios de Tokio aquella pesada tarde de primavera. El vagón en que viajaba iba relativamente vacío. Unas cuantas amas de casa con sus críos a remolque, algunas personas de edad que iban al centro, probablemente de compras. Yo miraba sin ver las vulgares casas y los polvorientos setos que desfilaban ante la ventanilla.

Se abrieron las puertas al llegar el convoy a una estación y, súbitamente, un hombrachón que profería violentas e incomprensibles maldiciones rompió la quietud de la tarde. Entró en el vagón dando tropezones. Vestía ropa de trabajo y estaba sucio y bebido. Empujó, gritando, a una mujer que llevaba un niño. El golpe la lanzó como una peonza contra un matrimonio de edad. Fue un milagro que el niño no sufriera daño alguno.

Aterrorizado, el matrimonio se puso en pie y escapó al otro extremo del vagón. El borracho quiso entonces dar una patada en la espalda de la anciana que se retiraba, pero falló al lograr ésta ponerse a salvo. Aquello le encolerizó tanto, que agarró la barra metálica del centro del coche y trató de arrancarla. Vi que tenía un corte en una mano y sangraba. El convoy se puso en marcha los pasajeros parecían paralizados por el miedo. Me levanté.

Yo era joven entonces, hace ahora veinte años, y me hallaba en perfecta forma física. Desde hacía trece años, practicaba Aikido casi ocho horas diarias me consideraba duro y bien preparado. Lo malo era que no había tenido ocasión de comprobar mi habilidad en un combate real. A los estudiantes de Aikido no se nos permitía pelear.

"El Aikido", había dicho mi maestro una y otra vez, "es el arte de la reconciliación. Cualquiera que abrigue el propósito de luchar ha roto su conexión con el universo. Si se trata de dominar a la gente, ya se está derrotado. Nosotros estudiamos cómo resolver un conflicto, no como iniciarlo".

Traté de poner en práctica sus palabras, lo intenté con empeño. Llegué incluso a cambiar de acera en la calle para evitar a los chimpira, que son esos jóvenes inadaptados que frecuentan las salas de juegos electrónicos en las cercanías de las estaciones, mi auto-dominio me exaltaba. Me sentía duro e íntegro a la vez. Sin embargo. En el fondo de mi corazón, ansiaba una oportunidad absolutamente legítima que me permitiera salvar al inocente destruyendo al culpable. ¡Este es el momento!, Me dije a mí mismo al ponerme de pie. Hay gente en peligro. Si no hago algo, y pronto, alguien puede resultar herido.

Al ver que me levantaba, el borracho reconoció una oportunidad de desahogar su rabia, "¡Ah!", Gritó. "¡Un extranjero! ¡Le hace falta una lección de modales japoneses!"

Me agarre a la correa de seguridad que colgaba del techo del vagón y le lancé una lenta mirada de disgusto y de rechazo. Pensaba hacer pedazos a aquel patán, pero él tenía que dar el primer paso. Quería enfurecerle todavía más, así que le sople un beso insolente.

"¡Está bien!, Gritó. "Vas a aprender una lección". Y se preparo para lanzarse contra mí.

Una décima de segundo antes de que se pusiera en movimiento, alguien gritó: "¡Aquí!" Fue casi atronador. Recuerdo el tono extrañamente alegre y animoso de la voz, como si una persona hubiera estado buscando diligentemente algo, en compañía de un amigo, y de pronto lo hubiera encontrado. "¡Aquí!".

Me volví a la izquierda; el borracho giró a su derecha. Ambos miramos a un anciano japonés, bajo de estatura, de unos setenta años. Estaba allí, sentado, vestido con un kimono impecable. No hizo caso de mí, pero sonrió encantadamente al alborotador, como si tuviera un importante secreto que compartir.

"Venga aquí", dijo el anciano en su lengua natal, llamando al beodo. "Venga a hablar conmigo". Y movió ligeramente la mano.

El hombretón obedeció, como si le llevaran de una cuerda, se plantó beligerante ante el viejo caballero y rugió por encima del traqueteo de las ruedas: "¿Qué diablos tengo que hablar con usted?" El borracho me daba ahora la espalda. Si movía el codo un milímetro, le derribaría de un sólo golpe.

El anciano siguió sonriendo:

—¿Qué ha estado bebiendo?

—pregunto, con los ojos brillantes de interés.

—He bebido saké—respondió rudamente el hombretón—¡Pero eso a usted no le importa!

Gotas de saliva salpicaron a su interlocutor.

—¡Caramba! Eso es estupendo, dijo éste—¡Absolutamente magnifico! Ya ve, a mí también me encanta el saké. Todas las tardes yo y mi mujer, ella tiene 76 años, sabe templamos un frasco de saké y lo sacamos al jardín, donde nos sentamos en un viejo banco de madera. Vemos ocultarse el sol y observamos cómo crece un níspero que tenemos. Lo plantó mi bisabuelo, y ahora nos preocupa si se recobrará de las heladas que tuvimos el invierno pasado. En realidad, ha reaccionado mejor de lo que yo esperaba, sobre todo si se tiene en cuenta la mala calidad del suelo. Nos complace mirarlo cuando tomamos el saké y salimos a disfrutar de la tarde... ¡Incluso si llueve! —miró con ojos chispeantes al borracho.

Al tratar de seguir la conversación del anciano. El rostro del beodo se suavizó poco a poco. Sus puños se abrieron lentamente.

—Sí, claro—dijo—. A mí también me gustan los nísperos—su voz se desvaneció.

—Sí—dijo, sonriente, el viejo caballero—, y estoy casi seguro de que tiene una esposa maravillosa.

—No—respondió el trabajador—. Mi mujer murió—muy suavemente, meciéndose al vaivén del tren, el hombretón comenzó a sollozar—. No tengo mujer, ni casa, ni trabajo, me avergüenzo de mí mismo.

Corrían las lagrimas por sus mejillas y un estremecimiento de desesperación le sacudía el cuerpo.

Ahora me tocaba a mí ser el culpable. Allí, de pie, con mi limpia inocencia, con mi rectitud para hacer del mundo un lugar mejor, me sentí de pronto más sucio que él.

Entonces llego el convoy a mi parada. Se abrieron las puertas, y oí decir al anciano con simpatía: "¡Hombre, hombre! Por supuesto, pasa usted por un trance verdaderamente difícil. Siéntese aquí y hábleme de ello".

Volví la cabeza para echar un último vistazo. El trabajador estaba tumbado, con la cabeza descansando en el regazo del anciano. Éste acariciaba con dulzura el sucio cabello.

Cuando el tren reanudó la marcha, me senté en un banco de la estación. Lo que yo había querido hacer con músculos se había conseguido con palabras amables. Yo sólo había deseado probar el Aikido en combate, y sin embargo, su esencia era el amor. Yo había practicado el arte con un espíritu enteramente diferente. Y pasaría mucho tiempo antes de que pudiera hablar acerca de la resolución de un conflicto.

VIVIR OTRA VEZ

Si pudiera vivir nuevamente mi vida

en la próxima trataría de cometer más errores.

No intentaría ser tan perfecto me relajaría más.

Sería más tonto de lo que he sido,

de hecho tomaría muy pocas cosas con seriedad.

Sería menos higiénico, correría más riesgos, haría más viajes,

contemplaría más amaneceres, subiría las montañas, nadaría más ríos.

Iría a más lugares adonde nunca he ido, comería más helados y menos habas, tendría más problemas reales y menos imaginarios.

Yo fui una de esas personas que vivió sensata y prolíficamente cada minuto de su vida.

Claro que tuve momentos de alegría,

pero si pudiera volver atrás trataría de tener solamente,

buenos momentos.

Por si no lo saben, de eso esta hecha la vida,

sólo de momentos, no te pierdas el ahora...

Yo era uno de esos que nunca iban a ninguna parte, sin un termómetro,

una bolsa de agua caliente, un paraguas y un paracaídas.

Si pudiera volver a vivir, viajaría más liviano.

Si pudiera volver a vivir comenzará a andar descalzo.

A principios de la primavera y seguiría así hasta concluir el otoño.

Daríá más vueltas al tiovivo, contemplaría más amaneceres

Y jugaría con más niños, si tuviera otra vez la vida por delante.

Pero ya ven, tengo 85 años y sé que me esto muriendo.

INSTANTES DE: JORGE LUIS BORGES.

La próxima vez me atrevería a equivocarme más.

Me relajaría más y haría más ejercicio.

Me permitiría ser más tonto de lo que he sido en esta ocasión.

Me tomaría en serio muchas menos cosas-

Correría más riesgos.

Viajaría más.

Escalarías más montañas y nadaría en más ríos.

Comería más helados y menos judías.

Tal vez tendría más problemas reales, pero menos imaginarios.

Fíjate que hoy soy una de esas personas que llevan una vida sensata y cuerda, hora tras hora y día tras días.

Oh, yo he tenido mis momentos, y si tuviera que volver a empezar, procuraría tener más, en realidad, trataría de no tener nada más que momentos.

Viviré tantos años adelantándome a cada día.

He sido un de esas personas que nunca van a ninguna parte sin llevar el termómetro, la bolsa de agua caliente, el impermeable y el paracaídas.

Si tuviera que empezar de nuevo, iría más ligero de equipaje.

Si tuviera que volver a vivir, empezaría a andar descalza a comienzos de la primavera y así me quedará hasta finales del otoño.

Iría a más bailes.

Daría más vueltas en carrusel

Cortaría más margaritas.